La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad) 1923.

La aproximación de la vida sexual infantil a la del adulto llega mucho más allá, no se circunscribe a la emergencia de una elección de objeto. En el apogeo del proceso de desarrollo de la sexualidad infantil el interés por los genitales y el quehacer genital cobran una significatividad dominante, que poco le va en zaga a la de la edad madura. EL carácter principal de esta “organización genital infantil” es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, solo desempeñan un papel genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo.

Para el niño es natural presuponer en todos los otros seres vivos, humanos y animales, un genital parecido al que él mismo posee. En el curso de sus indagaciones, llega a descubrir que el peno no es un patrimonio común de todos los seres semejantes a él. Da ocasión a ello la visión casual de los genitales de una hermanita o compañerita de juegos. Es notoria su reacción frente a las primeras impresiones de la falta del pene. Desconocen esa falta, por lo que llegan a la conclusión, afectivamente sustantiva, de que sin duda un pene estuvo presente y fue removido. La falta de pene es entendida como resultado de una castración, y ahora se le plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona.

El niño cree que solo las personas despreciables del sexo femenino, probablemente culpables de las mismas mociones prohibidas en que él mismo incurrió, habrían perdido el genital. Pero las personas respetables, como su madre, siguen conservando el pene.

No carece de importancia tener presentes las mudanzas que experimenta, durante el desarrollo sexual infantil, la polaridad sexual a que estamos habituados. Una primera oposición se introduce con la elección de objeto, que sin duda presupone sujeto y objeto. En el estadio de la organización pregenital sádico-anal no cabe hablar de masculino y femenino; la oposición entre activo y pasivo es la dominante. En el siguiente estadio de la organización genital infantil hay por cierto algo masculino, pero no algo femenino; la oposición reza aquí: genital masculino, o castrado. Solo con la culminación de este desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con masculino y femenino. Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad. La vagina es apreciada ahora como albergue del pene, recibe la herencia del vientre materno.

Noción de sujeto para el psicoanálisis. Negrete, Fabrizi

La noción de sujeto ha sido abordada desde múltiples disciplinas, en tanto discurso epistémico, que derivado de principios axiomáticos en lo que sustentan sus prácticas, han formalizado la noción de un sujeto ejecutor de dichos supuestos. Surge así un sujeto de la lingüística, un sujeto de la semiótica, un sujeto de la psicología, etc.

Todas estas prácticas de la psicología han promovido un “sujeto ideal” en tanto “sujeto del conocimiento”, origen de todas las representaciones y conocimientos. El “sujeto de la ciencia” supone un “sujeto puro”.

Este “sujeto puro” de conocimiento científico será subvertido por los descubrimientos freudianos, produciendo una “inversión copernicana”. Esta inversión consiste en postular la subordinación de un sujeto a una estructura que lo determina y por otro lado, macar el Sujeto como escindido.

“¿Cuál es entonces ese otro al que estoy más ligado que a mí mismo, puesto que en el seno más asentido de mi identidad conmigo mismo, es él quien me agita?” se pregunta Lacan. Este otro es el sujeto del inconsciente en su excentricidad de sí a sí.

Esta noción de sujeto no es ontológica, sino topológica; implica un lugar o posición vinculado a un orden simbólico que prexiste en el lenguaje. La legalidad que establece el lenguaje funda una intersubjetividad sin relación directa con los otros sino mediada por las leyes del significante.

La primera inscripción del sujeto se hace en relación a un sistema simbólico que lo prexiste y lo condiciona desde antes de su nacimiento: El sujeto es hablado desde un más allá de sí mismo que lo precede y lo ubica. El lenguaje funciona como una batería de significantes aptos para combinarse o sustituirse y para producir efectos de significación. Por eso Lacan da la siguiente definición: “el sujeto es lo que un significante representa para otro significante”.

El sujeto de psicoanálisis no se vincula a un universo consistente, sino que plantea la división subjetiva como correlato de un universo simbólico incompleto.

Atravesado por el Otro, el sujeto es lo sujetado por el significante: el sujeto no se muestra por el decir, sino por su falla. Para el “yo” que habla, el sujeto del inconsciente es un “el”.

Por lo tanto hay que distinguirlo tanto del individuo biológico como del sujeto de la comprensión. Distinto al individuo tal como lo percibimos ordinariamente, el sujeto es lo supuesto por el psicoanálisis desde que hay deseo inconsciente, un deseo capturado en el deseo del otro, por el que sin embargo, debe responder.

“Tierra extranjera interior”, metáfora utilizada por Freud al explicitar la relación de no complementariedad que tiene el “yo”, como instancia imaginaria conformada por identificaciones alienantes, como el “sujeto del inconsciente”, siempre llamado a advenir. El sujeto del psicoanálisis se localiza en el seno de la experiencia analítica. Este dispositivo permite capturar y exponer la singularidad intransferible.

Yo y sujeto:

Freud diferencia la función del Yo, de la función del sujeto, es decir la estructuración del sujeto: El yo no cubre la totalidad del sujeto.

La referencia es la noción de Narcisismo que presenta dos aspectos: la identificación y por otro lado la relatividad de un yo al otro, otro con lo cual se confunden no como diferenciado de otro, pero reconociéndose a sí mismo a través del otro.

El yo es una función que se despliega en la dimensión de lo imaginario. Es la sensación de un cuerpo unificado producida por la asunción por parte del sujeto de su imagen en el espejo, en la época todavía no ha conquistado su autonomía motriz: de ahí su poder de fascinación. La consecuencia es que el Yo termina situado sobre un eje imaginario en oposición a su propia imagen o la de un semejante. Esta relación del Yo con su objeto imaginario estorba el reconocimiento por el sujeto de su deseo.

¿Cómo se manifiesta el deseo inconsciente? ¿Cómo aparece el sujeto?

La ruptura marca la especifidad de la noción del inconsciente (sujeto) y la transformación en el plano de la conciencia como efecto.

¿Se trata de hacer consciente lo inconsciente? No se trata de que la conciencia recupere lo que es inconsciente, sino que es el sujeto que se posiciona a un orden inconsciente, lo que no supone de ningún modo el centramiento de la conciencia.

chistes. De esta manera, el sujeto para el psicoanálisis no sabe lo que dice no tampoco que él lo dice. Freud interpreta estos fenómenos en ruptura con el curso “normal” de la realidad como mensajes cifrados que es preciso descifrar. Las formaciones del inconsciente dan testimonio de la existencia de otro lugar desde donde se expresa el sujeto de un deseo.